

## **La omisión deliberada en las traducciones humanistas**

*Emilio Blanco Gómez*  
*Univ. Autónoma de Madrid*

El historiador de la cultura, de la literatura o de las artes no puede valorar de igual forma obras de difusión distinta. En el caso de la literatura, un texto que ha sido privilegiado en cuanto a la circulación manuscrita y que ha gozado de múltiples impresiones ha de merecer, por fuerza, una estima diversa de la que se otorgará a la pieza genial olvidada en la sala capitular de un monasterio hasta época bien reciente. Esta última quizá poseerá un mayor valor intrínseco, pero habrá influido con dificultad en la historia del pensamiento de ese país.

No es difícil hacerse una idea de las diferencias que separan, en ese sentido, la Edad Media del Renacimiento, ya que este último casa ventajosamente con la imprenta, lo que no le impide seguir manteniendo las mismas relaciones, o incluso mayores, con la difusión manuscrita de obras literarias. También una diferencia abismal separa las traducciones realizadas en ambas épocas. Las medievales –se dice– resultan trucas, deturpadas y amputadas. Tanto, que algún autor renacentista se permite ironizar sobre la presencia real del traducido en la traducción: es el caso de la versión romance de los *Dicta factaque...* de Valerio Máximo, que pasa del francés al latín de la mano de Simón de Hedin para, de allí, desembocar en castellano, vía la pluma de mosén Hugo de Urriés. Supongo que a esta traducción se refería Juan Boscán al contar que cierto personaje anónimo se empeñaba en buscar al autor entre las páginas, ya que era incapaz de encontrarlo (1). Y no es extraño, porque citas de otros autores, incluidos varios Padres de la Iglesia, así como los añadidos de los

traductores, hacen sumamente imperceptible la frontera entre el texto original y los aditamentos (2).

Con el Humanismo, cambia la situación. Simplificando bastante, puede decirse que los defensores de los *studia humanitatis* vierten de forma correcta buena parte de los textos griegos al latín o incluso al italiano. De cualquiera de los dos idiomas partirán (al menos al principio) los demás traductores europeos para preparar sus versiones en las demás lenguas romances (3). De ello se deduce que el conocimiento de la antigüedad griega que tenga la mayor parte de la masa lectora (lega generalmente en la lengua de Homero) estará mediatizado por la fidelidad de la traducción latina, en primera instancia, y de la cercanía a esta última de la versión romance, en segunda. Dicho de otra manera, la distorsión del texto latino intermedio tendrá consecuencias fatales para la aprehensión del mundo griego que intenta el Humanismo.

Es evidente que la traducción es tarea ingrata, en cierta medida inalcanzable, y en la que, con excesiva frecuencia, el hermeneuta ha de cargar como suyos errores y defectos del texto original. Pero no me refiero ahora a ese pequeño (o a veces grande) peaje que el traductor ha de pagar por recorrer la autopista que une los dos idiomas en cuestión, y que es en buena medida insalvable. Serían errores simples, que lo único que implican es un conocimiento impropio. El problema se produce cuando el traductor quiere ser un traidor: la traición ya no es un problema epistemológico, sino ético; es un engaño voluntario, por adición o por omisión.

La reflexión que precede no va dirigida hacia los humanistas que traducen solamente parte de una obra, como la versión latina de Poggio Bracciolini de la *Bibliotheca* de Diódoro Sículo (recoge solamente los cinco primeros libros) o la de Guarino Veronés de la *Geographia* de Estrabón (ampliada después por Gregorio Tifernas)(4). Aunque no cualquier lector podría apreciar la falta si no se le indica, es evidente que el humanista pone a disposición del público su trabajo incompleto, con lo que hay que suponer su mejor voluntad.

Al distinguir el error de la traición, me refería sobre todo a las trampas, generalmente omisiones, en la traducción al latín de obras escritas originalmente en griego. Dado que los humanistas dominan a la perfección la lengua de Homero; dado que también se erigen en debeladores de la barbarie que han introducido en los textos y en su interpretación los autores escolásticos –ya sean filósofos, médicos, juristas–, y que reclaman para sí el derecho a restituir el carácter

prístino de esos textos; y dado, en fin, que escuchando a los autores antiguos parece uno escuchar al mismo Dios de los cristianos, según concepción que arranca de Petrarca y que se repetirá con frecuencia hasta Erasmo e incluso después; es de esperar que las traducciones que realizan desde el siglo XV sean casi perfectas y, desde luego, mejores que las medievales.

Comprobar esa afirmación resulta difícil. Requiere, en primer lugar, un conocimiento experto de las dos lenguas muertas en liza; y además, largas dosis de paciencia para compulsar cuidadosamente el texto de partida y el de llegada. Dada la multitud de autores y obras que los humanistas vierten al latín, la tarea se presenta de entrada como algo deseable, pero imposible de cumplir. La sorpresa es que quien meritoriamente ha estudiado algún original griego junto con las versiones latinas medievales y humanistas ha llegado a conclusiones desalentadoras. Es el caso de S. Troilo con las traducciones latinas de Roberto de Grosseteste y de Leonardo Bruni de la *Ética* de Aristóteles: parece que el traslado medieval anda más próximo del texto primigenio que la versión humanista (5).

Puedo presentar algunas traiciones más en los textos latinos que ofrecen los humanistas. Un caso bastante diáfano es el de la traducción de Heródoto que realizó Lorenzo Valla, y que aparece impresa en torno a 1490 en Venecia (6). En el libro primero de esa obra resulta imposible encontrar varios fragmentos. Me limitaré solamente a dos: el primero de ellos es el que se designa como I, 93-94 en las versiones modernas. Viene a decir Heródoto que, entre los lidios, todas las doncellas se prostituyen para reunir la dote y ejercen como tales hasta que consiguen comprometerse con un marido. El segundo fragmento es el que relata cómo Jerjes comete sacrilegio al penetrar en un santuario de Babilonia y matar al sacerdote que le prohibía tocar una estatua de oro (I, 183, iii en ediciones modernas).

Sólo he podido localizar estos dos episodios, pero es seguro que lo escamoteado es más: llega a abarcar un total de no menos de nueve folios, según declarará algún editor renacentista (véase más abajo). A la hora de interpretar estas lagunas, surge la duda sobre si Valla los omitió deliberadamente o no. Ya en 1528, en la dedicatoria de una nueva edición, se hacía ver que esta última aparecía *illustrium virorum recognitione exactissima pristino nitori, suaeque integritati restitutus* (7), lo que hace pensar que la falta no había pasado desapercibida. Y, efectivamente, esa nueva edición revisada de la

traducción de Valla recoge ya los pasajes aludidos más arriba. Si en este caso no se indica nada más, en otras impresiones no ocurre lo mismo.

La introducción de Conradus Herebaschius al texto traducido por Valla, por ejemplo, ofrece una información preciosa. Allí se alude a la forma en que varias traducciones realizadas por humanistas sobre textos de autores griegos (Herodiano, Heródoto y Estrabón) han sido estropeadas por obra de los impresores. La base del razonamiento es que lo que ellos virtieron bien ha sido deturpado por las distintas impresiones, y la afirmación general sirve para el caso particular del texto traducido por Valla:

*Atqui horum plerosque nostris temporibus sic certatim corrumpit cacographorum avaritia, ut eorum, quae ab illis bene versa erant, nullus propemodum sit usus. Id quod cum in aliis permultis animadvertere licet, tum in Herodoto facile apparebat, ut qui cum a Laurentio eleganter versus esset, sic circumferebatur impressorum negligentia mancus atque corruptus... (8)*

Sin embargo, tras exculpar en principio al traductor, unas líneas después Conrado ataca directamente la versión de Valla, asegurando que ignora a qué se deben ciertas omisiones:

*Nam ut ea praeteream quae cacographia, transpositione, distinctioneque turbata erant, et id genus minutiora, quae per totum librum sparsa vel Augiae stabulum conspurcatione vicissent, omniaque a nobis sunt repurgata: ad haec in primo libro a nobis adiecta plus minus novem folia, a Laurencio haud scio qua occasione praetermissa, quae certe nemo inficiari poterat quin illuc pertinerent, ut quod Graecum exemplar atque adeo contextus ipse narrationis testentur (ibíd).*

Caben, por tanto, dos hipótesis. La primera, y la que explicaría todo de forma más sencilla, sería que Valla hubiese preparado un manuscrito correcto del texto de Heródoto y que las lagunas se debiesen a la avaricia o la desidia de los impresores. Pero esa explicación no daría cuenta cabal de por qué los pasajes que desaparecen son precisamente aquellos que resultan ciertamente

comprometidos desde un punto de vista moral o religioso. Habría que suponer unos impresores dominados por esa preocupación, y parece que, siendo el móvil mayor de éstos el beneficio económico, habrían optado por cercenar bloques unitarios de texto para reducir el tamaño del libro, pero no ciertos fragmentos aislados, lo que se traduciría en un enlentecimiento del proceso de edición.

La otra hipótesis es que las lagunas estuviesen en el texto que los impresores reproducen. De ninguna forma se explicaría que fuese el propio Valla el causante: es de esperar que el humanista que anuló con pruebas filológicas la validez de la Donación de Constantino no emplearía para su traducción un códice griego corrupto. Antes al contrario, escogería como base para su versión el mejor de los textos a su disposición, lo que invalidaría posibles errores debido a lagunas. Hay que pensar, pues, que esas carencias responden a la voluntad del traductor. E inmediatamente a continuación habría que explicar a qué se deben.

Que el humanismo renacentista viene marcado desde su origen por una orientación eminentemente moral es algo que se señala desde hace años (9). Habría que recurrir a ese moralismo para explicar la ausencia de esos fragmentos en el texto latino: Valla adapta la historia del griego a la ortodoxia cristiana. Lo que resulta difícil de encajar en ese planteamiento es que los dos episodios tomados como ejemplo eran bien conocidos por el lector medieval. La mencionada prostitución ribereña y ritual de varios pueblos antiguos podía leerse en textos tan populares en la Edad Media como la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, quien lo cuenta de las mujeres fenicias (XIV, x, 7), y así lo recoge después Boccaccio en la *Genealogía de los dioses paganos* (II, liii), que asegura, además, haberlo leído de las hembras chipriotas, atribuyéndoselo esta vez a Justino, aunque podría haber citado igualmente las *Divinae Institutiones* de Lactancio (I, xvii, 10-11).

De los sacrilegios de Jerjes podría decirse lo mismo, ya que se leían varios en lugares tan dispares y distantes como la *Anábasis de Alejandro Magno* (VII, xvii, 2) y las *Caídas de príncipes* de Boccaccio (III, vi). Si los dos ejemplos eran bien conocidos en la Edad Media, intentar silenciarlos en una traducción al latín peca de ingenuidad, porque cualquier lector que tuviese la posibilidad de acercarse al texto de Valla podía también acceder a cualquiera de las obras citadas más arriba y que recogen los casos de las mujeres lidas y de Jerjes.

Todo ello lleva a pensar que el Humanismo, al menos en este su primer estadio, es más pacato a la hora de traducir que la Edad

Media. La afirmación puede parecer injusta, sobre todo porque, al hacerla, se extrae una conclusión que afecta a todo un grupo a partir tan sólo de uno de los miembros. Creo, sin embargo, que el de Lorenzo Valla no es caso aislado en el campo de las traducciones clásicas.

El mismo Conrado Heresbachius que censuraba por igual a Valla y a los impresores menciona también las versiones latinas de Herodiano y de Estrabón. Ignoro el grado de fidelidad que presenta la primera de ellas. En cuanto a la segunda, puedo asegurar que ciertos pasajes del texto griego aparecen en libros distintos de los del original, aunque no he podido comprobar la falta de algunos episodios, como en Heródoto. Con todo, tanto el frontispicio de alguna edición posterior como el prólogo hablan de las enmiendas que tuvo que introducir el editor, también Conradus Herebaschius, para purgar los innumerables errores de la traducción latina (10).

Da toda la impresión de que la práctica pasó al campo de las lenguas romances, algo que resulta lógico si se tiene en cuenta que en la mayor parte de los casos se emplean estas versiones intermedias al traducir estos autores al vulgar. Lo notaba Diego Gracián en el prólogo a la versión española de los *Morales* de Plutarco, publicada en 1548 en Alcalá de Henares:

Que de otra manera, sacando del latín es imposible acertar, y por esso se verá claramente que no pueden dexar de errar los que por no entender la lengua griega, han traduzido en cualquier lengua vulgar de la traslación latina sacada del Griego (11).

Gracián abandona pronto el plano teórico para pasar a dar ejemplos: las *Vidas* de Plutarco, "que más verdaderamente –dice– se podrían llamar muertes, o muertas, de la suerte que están tan oscuras y faltas y mentirosas..."; así también Tucídides y Jenofonte, "y otros semejantes, tan llenos de mentiras y viciosamente traduzidos, que apenas ay renglón que no esté mentiroso" (*ibíd.*). Pero más que los vicios de traducción, lo que denuncia Gracián son los pasajes que faltan:

De más que en muchos lugares dellos ay pedaços y cláusulas enteras que saltan, o porque los intérpretes latinos las dexaron de poner, o por

descuydo de los escritores, que se olvidaron, como vemos que hazen muchas vezes" (*ibíd.*).

La práctica debió de ser bastante común, porque hay quien no tiene empacho en reconocer, al pasar del latín al romance, que se esforzó en castigar el texto siempre que entraba en contradicción con la religión cristiana, aunque se trate de obras de Cicerón, en muchos de cuyos pasajes resonaba, según Petrarca, la voz del verdadero Dios de los cristianos. Es el caso de Francisco de Támara cuando traduce varios libros del Arpinate (*De officiis*, *De amicitia* y *De senectute*), quien confiesa:

...aunque del todo trabajé en sacar y echar destas obras toda palabra o sentencia contraria a nuestra fe christiana, o dudosa, o escrupulosa (12).

Las ideas de estos traductores más o menos profesionales difieren poco de los que ejercen el menester circunstancialmente, como puedan ser los miembros de diversas órdenes. Es el caso del "devoto religioso de la Orden de Santo Domingo" que vierte al romance la *Historia de la Iglesia que llaman Eclesiástica y Tripartita*, que aparece en Lisboa en 1541. De sus palabras se deduce claramente que el traductor tiene una responsabilidad que puede acarrear peligro o galardón tanto al escritor-traductor como al lector, y a los primeros les "conviene mirar por todos y proveer a las cosas públicas" (13).

Puede ser útil detenerse un momento en las palabras preliminares del cisterciense fray Ángel Cornejo a su versión del *De amicitia* ciceroniano. Preguntado por qué no traducía más libros de corte filosófico al vulgar, responde con las palabras de Marco Varrón a Ático en el primer libro de las *Cuestiones académicas*:

Los libros que desta sciencia de traduzir tengo o son para sabios o para necios. Si para sabios, no dudo yo sino que el sabio antes a los tales libros querrá leer en la propria lengua que se escriuieron, que no en la estrangera, porque no ay cosa tan bien traduzida que no esté mejor en su proprio origen. Si para nescios, el que fuere nescio, ni leerá éstos ni los otros. Ansí que hallo por muy más sano no traduzir ningunos (14).

La diferencia entre la época ciceroniana y la primera mitad del siglo XVI radica en que ahora hay toda una masa lectora ávida de anécdotas y curiosidades referentes a la Antigüedad. Testigos son, además de las innumerables traducciones de autores clásicos –griegos y latinos–, los éxitos editoriales de obras que recrean ese ambiente, como las de fray Antonio de Guevara o la *Silva de varia lección* de Pedro Mejía. Los traductores no pueden inhibirse, y deben poner al alcance de todos esos lectores las obras de la Antigüedad. Al hacerlo, una buena parte de ellos siguió, voluntaria o involuntariamente, la vía purgativa iniciada por Lorenzo Valla un siglo antes.

## Notas

1. Imagino que es a esta versión (véase la nota siguiente) a la que se refiere Boscán en su Dedicatoria a doña Jerónima Paloma de Almogávar: "...así tocó muy bien uno que, hallando a *Valerio Máximo* en romance y andando revolviéndole un gran rato de hoja en hoja sin parar en nada, preguntado por otro qué hacía, respondió que buscaba a *Valerio Máximo*" (Baltasar de Castiglione [1984], p. 63).
2. La traducción de Hugo de Urriés sale impresa por vez primera en 1495 (*vid.* Bibliografía). Se reimprime sin modificaciones en 1525. El texto del original aparece aumentado con las glosas del traductor francés, que pasan también al castellano. A veces, el trujamán español también pone su grano de arena. Además de otros autores clásicos, San Jerónimo y varios Padres más aparecen citados en el texto, sin que sea posible distinguir cuándo se está leyendo la traducción y cuándo la paráfrasis o comentario de Hedin o Urriés.
3. Para el ámbito castellano que nos interesa, la práctica es general, como se viene señalando desde hace años (véase Jacques Monfrin [1963], esp. pp. 187-189, donde se recogen varios casos). Sin entrar por ahora en más detalles, ofrezco algunas de las obras que sufren una versión intermedia antes de llegar al castellano: los *Comentarios* de Julio César, la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio, las *Cartas* y las *Tragedias* de Séneca, las *Décadas* de Tito Livio, el ya citado *Valerio Máximo*, la *Ética* de Aristóteles, las *Vidas paralelas* de Plutarco, la *Historia* de Apiano...
4. La traducción de Poggio de la obra de Diódoro Sículo al latín sólo comprende los cinco primeros libros (puede verse, junto la versión también latina de la *Historia verdadera* de Luciano en *Lucianus de veris narrationibus et Diodorus Siculus* [1493]). Ocurre lo mismo con la



versión parcial de la *Geografía* de Estrabón que hace Guarino Veronés, quien traduce los diez primeros libros, completada más tarde por Gregorio Tifernas (puede verse en *De situ orbis libri xvii* [1512]).

5. Cfr. S. Troilo [1932]. No he podido ver este trabajo, que conozco a través del resumen de Jerrold E. Seigel [1968], pp. 131-32, nota 73. Véase también Di Camillo [1976], pp. 203-226, donde se analiza la polémica entre ambos traductores.
6. Heródoto [c. 1490].
7. Heródoto [1528], Prólogo, sin foliar.
8. Heródoto [1537], Dedicatoria, sin foliar.
9. Véase sólo Paul O. Kristeller [1986], pp. 34-86.
10. La portada de Estrabón [1549] indica que fue traducida por Guarino y Tifernas, y enmendada más tarde por Herebaschius *ab innumeris quibus aequae et graecum exemplar et latina traslatio scatebant, mendis repurgati*. Pero véase sobre todo la parte final del *Praefatio* (sin foliar), que extracto sumariamente: *Adeo corruptus fuisse archetypus fertur (de latino loquor) ut postquam suam ei castigando restituendoque operam contulissent viri undiquaque doctissimi... eorum errorum aliquot ultra centum restituit...* (sub. mío), aunque es verdad que también se reconoce que pueden ser imputables a un texto griego corrupto.
11. Plutarco [1548], "Prólogo al lector", sin foliar.
12. Cicerón [1549], fol. 2<sup>r</sup>.
13. Eusebio [1541], "Prólogo del Intérprete al Lector", sin foliar.
14. Cicerón [1548], "Prólogo", sin foliar.

## Bibliografía

- Castiglione, Baltasar de (1984), *El Cortesano*, trad. Juan Boscán. Madrid: Espasa-Calpe.
- Cicerón (1548), *Libro llamado Arte de Amistad*, trad. fray Ángel Cornejo. Medina del Campo: Pedro Castro (B.N.M. R-27.041).
- Cicerón (1549), *Libros de Marco Tulio Cicerón en que trata de los Officios, de la Amicicia y de la Senectud...*, trad. Francisco de Támara. Amberes: Juan Steelsio (B.N.M. R-13.120).
- Di Camillo, Ottavio (1976), *El humanismo Castellano del siglo XV*. Valencia: Fernando Torres.

- Diodoro Sículo (1493), *Lucianus de veris narrationibus et Diodorus Siculus*. Venecia: Philippus Mantuanus (B.N.M. I-597).
- Estrabón (1512), *De situ orbis libri xvii*, "e greco in latinum a Gregorio Typhernale et Guarino Veronense". París (B.N.M. GM-630g).
- Estrabón (1549), *De situ orbis libri xvii*, "graece et latine [...] a Guarino Veronensi et Gregorio Tifernate in latinum conversi, ac deinde Conradi Herebaschii opera ad eius generis autorum fidem recogniti". Basilea: Henricus Petri (B.N.M. GM-619g).
- Eusebio (1541), *Historia de la Iglesia que llaman Ecclesiástica y Tripartita*, trad. "un devoto religioso de la Orden de San Jerónimo". Lisboa (B.N.M. R-899).
- Heródoto (c. 1490), *Herodoti Halicarnasei libri novem*, trad. Lorenzo Valla. Venecia: Christoforus de Pensis (B.N.M. I-1.773).
- Heródoto (1528), *Herodoti Halicarnassei Historiarum Patris Musae...*, Laurentio Valla interprete. París: Johannes Parvus (B.N.M. R-21.398).
- Heródoto (1537), *Herodoti Halicarnassei Libri novem...* Colonia: Eucharius Cervicor (B.N.M. 3-8.331).
- Kristeller, Paul O. (1986), "El pensamiento moral del Humanismo Renacentista", en *El pensamiento renacentista y las artes*. Madrid: Taurus.
- Monfrin, Jacques (julio-septiembre 1963), "Humanisme et traductions au Moyen Age". *Journal del Savants*, pp. 161-190.
- Plutarco (1548), *Morales de Plutarco traduzidos de lengua griega en castellana*. Alcalá de Henares: Juan de Brocar (B.N.M. R-482).
- Seigel, Jerrold E. (1968), *Rhetoric and Philosophy in Renaissance Humanism*. Princeton: Princeton University Press.
- Troilo, S. (1932), "Due tradittori dell'Etica Nichomachea: Roberto di Lincoln e Leonardo Bruni". *Atti del R. Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti*, XCI.
- Valerio Máximo (1495), *Dichos y hechos de romanos y griegos*. Zaragoza: Pablo Hurus (B.N.M. I-2.343).